

Alexandre Dumas Georges

Traducción de **José Ramón Monreal**

Navoia

Primera edición

Octubre de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Estefanía Martín

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Papel cubierta Geltex K

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19311-27-6

Depósito legal B 13353-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *Georges*

Alexandre Dumas

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: José Ramón Monreal, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares.

Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

1. La Île de France	7
2. Leones y leopardos	17
3. Tres mozalbetes	31
4. Catorce años después	59
5. El hijo pródigo	73
6. Transfiguración	87
7. La <i>berloque</i>	109
8. De cómo transformarse en negro cimarrón	127
9. La rosa de la Rivière Noire	137
10. El baño	149
11. El precio de los negros	163
12. El baile	177
13. El negrero	197
14. Filosofía negrera	211
15. La caja de Pandora	231
16. La petición de mano	251
17. Las carreras	267
18. Laiza	289

19. El Yamsé	303
20. La cita	317
21. El rechazo	327
22. La revuelta	339
23. Un corazón de padre	353
24. Los grandes bosques	365
25. Juez y verdugo	375
26. La caza al negro	391
27. El ensayo	405
28. La iglesia de San Salvador	421
29. El <i>Leycester</i>	429
30. El combate	443
<i>Notas</i>	465

1. La Île de France

¿No os ha sucedido nunca, durante una de esas largas, tristes y frías veladas de invierno, que, hallándoos a solas con vuestros pensamientos, oyerais soplar el viento por los pasillos y azotar la lluvia las ventanas, mientras con la frente apoyada en la chimenea mirabais, sin verlas, las ascuas chisporroteantes en el hogar, no os ha sucedido, decía, que sintierais desagrado por nuestro clima sombrío, nuestro París húmedo y fangoso, y soñarais con un oasis encantado, alfombrado de hierba y lleno de frescor, donde, en una estación cualquier del año, al borde de un manantial de aguas vivas, al pie de una palmera, a la sombra de los yambos, pudierais adormeceros poco a poco en medio de una sensación de bienestar y de languidez?

Pues bien, este paraíso que soñabais existe; ese Edén que codiciabais os aguarda; ese arroyo que debe acunar vuestra soñolienta siesta cae en cascada y se convierte en espuma; la palmera que debe cobijar vuestro sueño abandona a la brisa del mar sus largas hojas, semejantes al penacho de un gigante. Los yambos, cargados de frutos irisados, os ofrecen su sombra perfumada. Seguidme, venid conmigo.

Venid a Brest, esa hermana guerrera de la comerciante Marsella, centinela armada que vela sobre el océano. Y aquí, de entre el centenar de barcos que están al socaire del viento en su puerto, escoged uno de esos bergantines de fondo es-

trecho, vela ligera y mástiles esbeltos como los que atribuye a esos osados piratas el rival de Walter Scott, el poético novelista del mar.¹ Justo estamos en septiembre, en el mes propicio para los largos viajes. Subid a bordo del navío al que hemos confiado nuestro común destino, dejemos atrás el verano y boguemos al encuentro de la primavera. ¡Adiós, Brest! ¡Salve, Nantes! ¡Salve, Bayona! ¡Adiós, Francia!

¿Veis, a nuestra derecha, a ese gigante que se alza a diez mil pies de altura, con cabeza de granito que se pierde entre las nubes, por encima de las cuales parece suspendida, y a través de cuya agua transparente se distinguen las raíces pétreas que van hundiéndose en el abismo? Es el pico de Tenerife, la antigua Nivaria, es el punto de encuentro de las águilas del océano que veis evolucionar en torno a sus nidos y que de lejos os parecen no más grandes que unas palomas. Sigamos adelante, no es ese el objetivo de nuestro recorrido; esto no es más que el parterre de España, y yo os he prometido el jardín del mundo.

¿Veis, a nuestra izquierda, ese peñasco desnudo y sin vegetación que arde incesantemente al sol de los trópicos? Es la roca en que estuvo encadenado durante seis años el Prometeo moderno; es el pedestal donde Inglaterra levantó la estatua de su propia vergüenza; es la réplica de la hoguera de Juana de Arco y del cadalso de María Eduardo; es el Gólgota político que, durante dieciocho años, fue el piadoso lugar de encuentro de todos los navíos; pero tampoco es ahí adonde os llevo. Sigamos, no hay nada que hacer aquí: la regicida Santa Elena está viuda de las reliquias de su mártir.

Henos en el cabo de las Tormentas. ¿Veis esa montaña que se yergue en medio de las brumas? Es el mismo gigante Adamastor que se le apareció al autor de *Los lusíadas*.² Pasa-

mos por delante del extremo de la tierra; esa punta que viene a nuestro encuentro es la proa del mundo. Por eso, mirad cómo el océano rompe en ella furioso pero impotente; pues ese bajel no teme sus tormentas, ya que navega rumbo al puerto de la eternidad, y tiene a Dios por piloto. Prosigamos, porque, más allá de esas montañas verdeantes, encontraremos tierras áridas y desiertos calcinados por el sol. Prosigamos: os he prometido aguas frescas, dulces sombras, frutos siempre maduros y flores eternas.

Salve al océano Índico, adonde nos empuja el viento del oeste; salve al teatro de *Las mil y una noches*; nos acercamos al final de nuestro viaje. He aquí la melancólica Bourbon, asolada por un eterno volcán. Echemos un vistazo a sus llamas y dediquemos una sonrisa a sus perfumes; luego sigamos algunos nudos y pasemos por entre la isla Plate y el Coin-de-Mire; doblemos la punta de los Cannoniers; detengámonos en el pabellón. Echemos el ancla, la rada es buena; nuestro bergantín, cansado de su larga travesía, reclama descanso. Ya hemos llegado: esta tierra es la tierra afortunada que la naturaleza parece haber ocultado en los confines del mundo, como una madre celosa oculta de las miradas profanas la belleza virginal de su hija. Esta tierra es la tierra prometida, es la perla del océano Índico, es la Île de France.

Ahora, casta hija de los mares, hermana gemela de Bourbon, rival afortunada de Ceilán, déjame levantar un pico de tu velo para mostrarte al amigo extranjero, al viajero fraternal que me acompaña; déjame que te desate el ceñidor, ¡oh, hermosa cautiva!, pues somos dos peregrinos de Francia, y acaso algún día Francia pueda rescatarte, rica hija de la India, al precio de algún pobre reino de Europa.

Y vosotros que me habéis seguido con la mirada y el pensamiento, dejadme ahora que os hable de esta maravillosa región, con sus campos siempre fértiles, con su doble cosecha, el año está hecho de primaveras y de veranos que se siguen y se sustituyen incesantemente el uno al otro, con los frutos que se suceden a las flores y las flores a los frutos. Dejadme que os hable de la isla poética que baña sus pies en el mar y esconde su cabeza entre las nubes; otra Venus nacida, como la hermana, de la espuma de las olas, y que asciende de su humilde cuna hasta su celeste imperio, coronada de días luminosos y de noches estrelladas, eternos aderezos recibidos de la mano del mismísimo Nuestro Señor, y que el inglés aún no ha podido arrebatarse.

Venid, pues, y, si los viajes aéreos no os asustan más que las travesías marítimas, agarraos, como nuevo Cleofás,³ a un faldón de mi abrigo y os transportaré conmigo sobre el cono invertido del Pieterboot, la más alta montaña de la isla después del pico de la Rivière Noire. Luego, una vez que hayamos llegado, miraremos hacia todos lados, a derecha e izquierda, adelante y atrás, arriba y abajo de nosotros.

Por encima de nosotros, como veis, hay un cielo siempre despejado, tachonado de estrellas. Es un manto de azul donde Dios, a cada uno de sus pasos levanta un polvo de oro, cada uno de cuyos átomos es todo un mundo.

Por debajo de nosotros está la isla entera extendida a nuestros pies, como un mapa de ciento cuarenta y cinco leguas de circunferencia, con sus sesenta ríos que semejan desde aquí hilos de plata destinados a fijar el mar alrededor de la costa, y sus treinta montañas todas empenachadas de *bois de nattes*, tacamacas y palmeras. Entre todos estos ríos, ved las cascadas

del Réduit y de la Fontaine, que, desde el seno de los bosques en que nacen, lanzan al galope sus cataratas para ir, con resonante fragor como el ruido de una tormenta, al encuentro del mar que los espera y que, sereno o rugiente, responde a sus eternos desafíos, ya con desprecio, ya con la cólera; lucha de conquistadores por ver quién causará más estragos y ruido en el mundo; luego, cerca de esta ambición frustrada, ved la gran Rivière Noire, cuyas aguas fecundadoras discurren tranquilamente e impone su respetado nombre a todo cuanto le rodea, mostrando así el triunfo de la sabiduría sobre la fuerza y de la calma sobre la impetuosidad. Entre todas estas montañas, destaca el cerro Brabant, gigantesco centinela situado en la punta septentrional de la isla para defenderla de las correrías del enemigo y de los furores del océano. Ved la cresta de las Trois-Mamelles, por cuya falda discurren los ríos Tamarin y Rempart, como si la Isis india hubiera querido justificar su nombre en todo. Ved, por último, el Pouce, detrás del Pieterboot, donde nos hallamos, el pico más majestuoso de la isla, y que parece alzar un dedo al cielo para enseñar al amo y a sus esclavos que por encima de nosotros hay un tribunal que hará justicia a uno y otro.

Delante de nosotros está Port-Louis, en otro tiempo Port-Napoléon, la capital de la isla, con sus numerosas casas de madera, sus dos arroyos que, a cada tormenta, se convierten en torrentes, su isla de los Tonneliers que defiende sus accesos, y su variopinta población que parece un muestrario de todos los pueblos de la tierra, desde el criollo indolente que se hace llevar en palanquín si tiene que cruzar la calle, y para quien hablar es algo que resulta tan fatigoso que tiene acostumbrados a sus esclavos a obedecer a un ademán suyo, has-

ta el negro al que el látigo lleva por la mañana al trabajo y al que el látigo devuelve del trabajo por la noche. Entre estos dos puntos extremos de la escala social, ved a los lascars verdes y rojos, que distinguiréis por sus turbantes, que no se apartan de estos dos colores, y por sus rasgos bronceados, mezcla del tipo malayo y del tipo malabar. Ved al negro wolof, de la alta y bella raza de Senegambia, de tez negra como el azabache, ojos ardientes como rubíes, dientes blancos como perlas; al chino de corta estatura, de pecho plano y cuadrado de hombros, con el cráneo desnudo y bigotes lacios, con su jerga que nadie entiende y con el que, sin embargo, todo el mundo negocia: pues el chino vende todas las mercancías, hace todos los oficios, ejerce todas las profesiones; el chino es el judío de la colonia; los malayos, cobrizos, pequeñajos, vengativos, astutos, que olvidan siempre un favor, pero nunca una injuria, y que venden, como los gitanos, de esas cosas que se pide en voz baja; los mozambiqueños, dulces, buenos y estúpidos, y solo apreciados por su fuerza física; los malgaches, hábiles, astutos, con la tez aceitunada, la nariz chata y los labios carnosos, y que se distinguen de los negros del Senegal por el reflejo rojizo de su piel; a los namaqueses, esbeltos, hábiles y orgullosos, adiestrados desde la infancia en la caza del tigre o del elefante, y que se sorprenden al ser transportados a una tierra donde ya no hay monstruos que combatir; por último, en medio de todo esto, ved al oficial inglés de guarnición en la isla o estacionado en el puerto; el oficial inglés, con su chaleco escarlata, su chacó en forma de gorra, su pantalón blanco; el oficial inglés que mira por encima del hombro a criollos y mulatos, amos y esclavos, colonos e indígenas, solo habla de Londres, no elogia más que a Inglaterra

y no aprecia a otro que a sí mismo. Detrás de nosotros, Grand-Port, antaño Port-Impérial, primer establecimiento de los holandeses, pero posteriormente abandonado por ellos, porque se halla a barlovento de la isla, y la misma brisa que conduce los navíos hasta allí les impide salir. Por ello, tras haber caído en ruinas, hoy no es más que un poblacho cuyas casas apenas se sostienen en pie, una ensenada adonde la goleta viene en busca de un abrigo contra la rapiña del corsario, unas montañas cubiertas de bosques en los que el esclavo pide refugio contra la tiranía del amo; ahora, si volvemos la vista hacia nosotros, y casi bajo nuestros pies, distinguiremos, en el flanco de las montañas del puerto, la región de Moka, perfumada de áloes, granadas y grosellas; Moka, siempre tan fresca, que cada noche parece recoger los tesoros de su ornato para exhibirlos por la mañana; Moka, que cada día se hermosea como los otros cantones se embellecen para los días de fiesta; Moka, que es el jardín de esta isla que hemos llamado jardín del mundo.

Retomemos nuestra primera posición. Pongámonos de cara a Madagascar y dirijamos la mirada a nuestra izquierda: a nuestros pies, allende el Réduit, están las llanuras Williams, luego viene Moka, la más deliciosa zona de la isla y que acaba, hacia las llanuras de Saint-Pierre, la montaña del Corps-de-Garde, tallada en forma de grupa equina. Luego, pasado las Trois-Mamelles y el gran bosque, la zona de la Savane, con sus ríos de dulce nombre, llamados la Rivière des Citronniers, del Bain-des-Négresses y de la Arcade, con su puerto tan bien resguardado por la propia escarpadura de sus costas que es imposible abordar de otro modo que en plan amigable; con sus pastos rivales de los de las llanuras de Saint-Pierre, con su

suelo aún virgen como esas soledades de América. Por último, en el interior de los bosques, la gran cuenca donde viven murenas gigantescas que no son ya anguilas sino serpientes: se las ha visto arrastrar y devorar ciervos vivos que, perseguidos por cazadores y negros cimarrones, habían tenido la imprudencia de bañarse en ella.

Para terminar volvámonos hacia nuestra derecha: he aquí la zona del Rempart, dominada por el cerro de la Découverte, en cuya cima se alzan unos mástiles de barcos que, desde aquí, nos parecen delgados y flexibles como ramas de sauce; he aquí el cabo Malheureux, la bahía de Tombeaux, la iglesia de Pamplémousses. Es en esta zona donde se alzan las dos cabañas vecinas de Madame de La Tour y de Marguerite; fue en el cabo Malheureux donde se hizo pedazos el *Saint-Géran*;⁴ fue en la bahía de los Tombeaux donde se encontró el cuerpo de una muchacha con un retrato apretado con fuerza en la mano; fue en la iglesia de Pamplémousses, y dos meses después, donde fue enterrado, al lado de esa muchacha, un joven de la misma edad aproximadamente. Ahora bien, habéis adivinado ya el nombre de los dos amantes que yacen en la misma tumba: son Pablo y Virginia, esos dos alciones de los trópicos, cuya muerte llora sin cesar el mar, gimiendo sobre los arrecifes que rodean la costa, como una tigresa llora eternamente a sus crías que ella misma ha despedazado en un ataque de rabia o en un momento de celos.

Y ahora, ya recorráis la isla desde el paso de Descorne, al sudoeste, o desde Mahebourg en el pequeño Malabar, ya sigáis la costa o toméis hacia el interior, ya descendáis los ríos o subáis las montañas, ya el disco resplandeciente del sol abraza la llanura con sus llameantes rayos, ya la medialuna platee las

colinas con su melancólica luz, podéis, si vuestros pies se cansan, si tenéis la cabeza pesada, si se os cierran los ojos, si, embriagado por las fragantes emanaciones del rosal de China, del jazmín de España o del amancayo, sentís que vuestros sentidos se disuelven blandamente como en una embriaguez de opio, podéis, mi buen compañero, ceder sin temor y sin resistencia a la íntima y profunda voluptuosidad del sueño indio. Tumbaos, pues, sobre la espesa hierba, dormid tranquilo y despertaos sin miedo, pues ese leve ruido que hace estremecer el follaje al acercarse, esos dos ojos negros y chispeantes que se clavan en vos, no son ni el roce envenenado de una boqueira de Jamaica, ni los ojos del tigre de Bengala. Dormid tranquilo y despertad sin miedo; nunca el eco de la isla ha repetido el silbido agudo de un reptil, ni el aullido nocturno de una bestia carnívora. No, es una joven negra que separa dos ramas de bambú para pasar su bonita cabeza y mirar con curiosidad al europeo recién llegado. Haced una señal, sin moveros de vuestro sitio, y ella cogerá para vos la banana más sabrosa, el mango perfumado o el fruto del tamarindo; decid una palabra, y ella os responderá con su voz gutural y melancólica: «*Mo sellave mo faire ça que vous vié*». ⁵ Se sentirá dichosísima si con una mirada amable o una palabra de satisfacción le pagáis sus servicios, y entonces se ofrecerá como guía para llevaros a la casa de su amo. Seguidla, os lleve a donde os lleve; y, cuando distingáis una bonita casa con un vial, rodeada de arriates floridos, habréis llegado; será la morada del plantador, tirano o patriarca, según sea bueno o malo; pero ya sea lo uno o lo otro, eso no es asunto vuestro y debe importaros bien poco. Entrad atrevidamente, id a sentaros a la mesa con la familia, decid: «Soy vuestro huésped»; y enton-

ces os pondrán delante el más rico plato de porcelana china, lleno de la más hermosa mano de bananas, un vaso de plata con fondo de cristal que llenarán con la mejor cerveza espumosa de la isla; y mientras queráis, cazaréis con su fusil en sus sabanas, pescaréis en su río con sus redes; y, cada vez que venzáis vos o le enviéis a alguno de vuestros amigos, sacrificarán el ternero más gordo, porque aquí la llegada de un huésped es una fiesta, como el regreso del hijo pródigo era un motivo de felicidad.

Por eso los ingleses, eternos envidiosos de Francia, tenían los ojos puestos desde mucho tiempo atrás en su hija querida y la rondaban sin cesar, ya intentando seducirla con oro, ya intimidándola con amenazas; pero a todas estas proposiciones la bella criolla respondía con supremo desdén, hasta el punto de que pronto se vio que sus enamorados, al no poder obtenerla con la seducción, querían raptarla con la violencia, y hubo que guardarla como a una monja española. Durante algún tiempo salió airoso de varias tentativas sin importancia, y por consiguiente sin resultado; pero finalmente Inglaterra, no pudiendo aguantar más, se lanzó sobre ella a cuerpo descubierto, y, cuando la Île de France se enteró una mañana de que su hermana Bourbon acababa de ser raptada, invitó a sus defensores a que le procuraran una mejor protección de la que había recibido en el pasado, y empezaron inmediatamente a afilar los cuchillos y a fundir las balas, pues esperaban al enemigo de un momento a otro.

El 23 de agosto de 1810, un espantoso cañonazo que tronó por toda la isla anunció que el enemigo había llegado.

2. Leones y leopardos

Eran las cinco de la tarde, y casi hacia el final de una de esas magníficas jornadas estivales desconocidas en nuestra Europa. La mitad de los habitantes de la Île de France, dispuestos en anfiteatro en las montañas que dominan el Grand-Port, miraban jadeantes la lucha que se libraba a sus pies, como antaño los romanos se inclinaban desde lo alto del circo para ver un combate de gladiadores o una lucha de mártires. Solo que, esta vez, la arena era un vasto puerto totalmente rodeado de escollos, donde los combatientes se habían dejado embarrancar voluntariamente para no tener, en cualquier caso, que retroceder y para poder despedazarse así a placer, libres de la incomodidad de la maniobra; solo que esta vez, para poner fin a esta terrible naumaquia, no había vestales con el dedo pulgar levantado; se trataba, como bien se verá, de una lucha de exterminio, de un combate a vida o muerte. Por eso los diez mil espectadores que asistían a él guardaban un silencio ansioso; por eso el mar, tan a menudo rugiente en esos parajes, callaba también para que no se perdiera ni un solo bramido de aquellas trescientas bocas de fuego.

He aquí lo que había sucedido:

El día 20 por la mañana, el capitán de fragata Duperré, a su arribo de Madagascar a bordo de la *Bellone*, y seguido de la *Minerve*, el *Victor*, el *Ceylan* y el *Windham*, reconoció las montañas del Vent, en la Île de France. Como tres combates

anteriores, en los que había resultado siempre vencedor, habían causado graves averías en su flota, había decidido entrar en el gran puerto para carenar. La cosa era tanto más fácil cuanto que, como es sabido, la isla era, en esa época, completamente nuestra, y el pabellón tricolor, que aún ondeaba en el fuerte de la isla de la Passe y en un tres palos fondeado a su pie, aseguraba al bravo marino un recibimiento amistoso. En consecuencia, el capitán Duperré dio orden de doblar la isla de la Passe, situada a unas dos leguas enfrente de Mahebourg, y, para ejecutar la maniobra, ordenó que la corbeta *Victor* pasase en primer lugar; que la *Minerve*, el *Ceylan* y la *Bellone* la siguiesen, y que el *Windham* cerrase la marcha. La flotilla avanzó, pues, yendo cada navío detrás del otro, por cuanto la estrechez de la bocana no permitía que dos barcos pasasen de frente.

Cuando el *Victor* no estuvo más que a un disparo de cañón del tres palos acoderado bajo el fuerte, este último indicó mediante sus señales que los ingleses estaban cruzando a la vista de la isla. El capitán Duperré respondió que lo sabía perfectamente, y que la flota que habían divisado estaba compuesta por la *Magicienne*, la *Néréide*, el *Syrius* y la *Iphigénie*, al mando del comodoro Lambert; pero que como, por su parte, el capitán Hamelin estaba fondeado a sotavento de la isla con el *Entreprenant*, la *Manche* y la *Astrée*, se podía presentar batalla si aparecía el enemigo.

Algunos segundos después, el capitán Bouvet, que avanzaba en segunda línea, creyó observar unas actitudes hostiles en el navío que acababa de hacer señales. Por otra parte, por más que lo había examinado en todos sus detalles con esa mirada penetrante que engaña pocas veces al marino, no lo

reconocía como miembro de la marina francesa. Dio parte de sus observaciones al capitán Duperré, quien le respondió que tomara sus precauciones, que él tomaría las suyas. En cuanto al *Victor*, fue imposible informarle; estaba demasiado adelante, y cualquier señal que le hubieran hecho habría sido vista desde el fuerte y desde el navío sospechoso.

El *Victor* continuaba, pues, avanzando sin desconfianza, empujado por una agradable brisa del sudeste, con toda su tripulación en cubierta, mientras que los dos navíos que le siguen observan con ansiedad los movimientos del tres palos y del fuerte; sin embargo, ambos mantienen aún una aparente actitud amistosa; los dos navíos, que se encuentran a la altura el uno del otro intercambian incluso algunas palabras. El *Victor* continúa su ruta; ha dejado ya el fuerte cuando, de pronto, una línea de humo aparece en los costados del navío acoderado y en el remate del fuerte. Cuarenta y cuatro cañones truenan a la vez, batiendo por el flanco a la corbeta francesa, agujereando el velamen, diezmando a la tripulación y rompiendo la pequeña gavia, al tiempo que los colores franceses desaparecen del fuerte y del tres palos y en su lugar aparece la bandera inglesa. Hemos sido víctimas de la superchería; hemos caído en la trampa.

Pero, en vez de dar media vuelta, lo que sería todavía posible abandonando la corbeta que le sirve de blanco, y que, recuperada de su sorpresa, responde al fuego del tres palos con el de sus dos cañones, el capitán Duperré hace una señal al *Windham*, que se hace a la mar, y ordena a la *Minerve* y al *Ceylan* forzar el paso. Él mismo les cubrirá, mientras el *Windham* irá a dar aviso al resto de la flota francesa de la posición en que se encuentran los cuatro buques.

Entonces los navíos continúan avanzando, no ya con la seguridad del *Victor*, sino con la mecha encendida, cada hombre en su puesto, y en ese hondo silencio que precede siempre a las grandes crisis. Pronto la *Minerve* se encuentra costado con costado con el tres palos enemigo; pero, esta vez, es ella la que le avisa: veintidós bocas de fuego se encienden a la vez; la andanada alcanza en plena madera; una parte de la borda del barco inglés salta por los aires hecha pedazos; se dejan oír algunos gritos ahogados; luego, a su vez, el tres palos trueca con toda su batería y manda a la *Minerve* los mensajeros de muerte que acaba de enviarle, mientras, por su parte, la artillería del fuerte carga contra ella, pero sin causarle más daño que matar a algunos de sus hombres y seccionarle algunas jarcias.

Después llega el *Ceylan*, bonito bergantín de veintidós cañones apresado, al igual que el *Victor*, la *Minerve* y el *Windham*, algunos días antes a los ingleses, y que, como el *Victor* y la *Minerve*, iba a combatir ahora a favor de Francia, su nueva ama. Avanzó, ligero y grácil como un ave marina rozando las olas. Luego, cuando hubo llegado frente al fuerte y al tres palos, el fuerte, el tres palos y el *Ceylan* abrieron fuego a la vez, confundiendo su ruido, pues habían disparado simultáneamente, y mezclándose su humareda, de tan cerca como estaban el uno del otro.

Quedaba el capitán Duperré, a bordo de la *Bellone*. Ya en esa época era uno de los oficiales más valerosos y hábiles de nuestra marina. Avanzó a su vez, acercándose a la isla de la Passe más de lo que lo habían hecho los otros buques; acto seguido, costado con costado, las dos bordas abrieron fuego a quemarropa, exterminándose entre sí a pistoletazo limpio.

Se forzó el paso; los cuatro buques estaban en el puerto; entonces se reúnen a la altura de las Aigrettes, y van a echar el ancla entre la isla de los Singes y la punta de la Colonie.

El capitán Duperré se pone al punto en contacto con la ciudad, y se entera de que la isla Bourbon ha sido tomada, pero que, pese a sus tentativas sobre la Île de France, el enemigo no ha podido apoderarse de la isla de la Passe. En el mismo instante se manda un correo al valiente general Decaen, gobernador de la isla, para darle aviso de que los otros barcos franceses, el *Victor*, la *Minerve*, el *Ceylan* y la *Bellone*, están en el Grand-Port. El día 21, a mediodía, el general Decaen recibe este aviso, lo transmite al capitán Hamelin, que da orden de aparejar a las naves a su mando, expide por vía terrestre hombres de refuerzo al capitán Duperré y le avisa de que hará cuanto esté en sus manos para llegar en su ayuda, ya que todo le hace creer que se halla amenazado por unas fuerzas superiores.

En efecto, al tratar de fondear en la Rivière Noire, el 21 a las cuatro de la noche, el *Windham* había sido apresado por la fragata inglesa *Syrius*. El capitán Pym, que la mandaba, supo entonces que cuatro buques franceses, a las órdenes del capitán Duperré, habían entrado en Grand-Port, donde el viento los retenía. Había dado inmediatamente aviso a los capitanes de la *Magicienne* y la *Iphigénie*, y las tres fragatas habían partido al punto: el *Syrius* remontaba hacia Grand-Port pasando a sotavento, y las otras dos fragatas a barlovento para alcanzar el mismo punto.

Estos son los movimientos que vio el capitán Hamelin y que, por su relación con la noticia que acaba de recibir, le hacen creer que el capitán Duperré va a ser atacado. Apresu-

ra, pues, la salida, pero, no obstante su diligencia, no está listo hasta el día 22 por la mañana. Las tres fragatas inglesas le llevan tres horas de adelanto, y el viento, que cambia hacia el sudeste y que refresca a ratos, va a aumentar todavía más las dificultades que debe superar para llegar a Grand-Port.

El 21 por la tarde, el general Decaen monta su caballo y, a las cinco de la mañana, llega a Mahebourg, seguido de los principales colonos y de aquellos negros con los que creen poder contar. Amos y esclavos están armados con fusiles y, en caso de que los ingleses intenten desembarcar cada uno de ellos dispone de cincuenta disparos. Enseguida se celebra una entrevista entre el capitán Duperré y él.

A mediodía, la fragata inglesa *Syrius*, que ha pasado a sotavento de la isla y que, por consiguiente, ha encontrado menos dificultades en su ruta que las otras dos fragatas, aparece en la entrada del canal, se suma al tres palos acoderado cerca del fuerte, y que han reconocido como la fragata *Néréide*, al mando del capitán Villougby, y ambas, como si contasen con atacar ellas solas a toda la división francesa, avanzan hacia nosotros, siguiendo la misma ruta que habíamos seguido nosotros. Pero, al acercarse demasiado al bajío, el *Syrius* embarranca, y la jornada transcurre para su tripulación tratando de desencallararlo.

Durante la noche el refuerzo de marineros enviado por el capitán Hamelin llega y es distribuido entre los cuatro barcos franceses, que así cuentan con unos mil cuatrocientos hombres y ciento cuarenta y dos bocas de fuego. Pero como, una vez efectuado el reparto, el capitán Duperré ha hecho acoderar la división y cada nave presenta su flanco, solo la mitad de los cañones participará en la cruenta fiesta que se prepara.

A las dos de la tarde, las fragatas *Magicienne* e *Iphigénie* aparecieron en la entrada del canal; se unieron al *Syrius* y a la *Néréide*, y las cuatro avanzaron juntas contra nosotros. Dos de ellas arriaron velas y las otras dos echaron el ancla, presentando así un total de mil setecientos hombres y doscientos cañones.

Hubo un momento solemne y terrible durante el cual los diez mil espectadores que cubrían las montañas vieron las cuatro fragatas enemigas avanzar sin velas y por el solo y lento impulso del viento en sus aparejos, y venir, con la confianza que les daba su superioridad numérica, a situarse al alcance medio del cañón de la división francesa, presentando a su vez su través, encallando tal como habíamos hecho nosotros, y renunciando anticipadamente a la fuga, tal como nosotros habíamos renunciado a ella de antemano.

Era, pues, un combate a vida o muerte el que iba a dar comienzo; leones y leopardos estaban frente por frente e iban a desgarrarse con dientes de bronce y rugidos de fuego.

Fueron nuestros marineros quienes, menos pacientes de lo que habían sido los guardias franceses en Fontenoy, dieron la señal de la carnicería. Una larga estela de humo corrió por los costados de los cuatro barcos, en cuya cangreja ondeaba un pabellón tricolor; al mismo tiempo retumbó el rugido de setenta bocas de fuego, y el huracán de hierro se abatió sobre la flota inglesa.

Esta respondió casi al instante, y entonces dio comienzo, sin más maniobra que la de despejar los puentes de astillas de madera y de los cuerpos que expiraban, sin otro intervalo que el de cargar los cañones, una de esas luchas de exterminio como no habían vuelto a ver, desde Abukir y Trafalgar, los

fastos de la marina. Al principio, se pudo creer que los enemigos llevaban las de ganar, pues las primeras andanadas inglesas habían seccionado las coderas de la *Minerve* y del *Ceylan*; de tal suerte que, por este incidente, el fuego de los dos navíos no alcanzó en gran parte su objetivo. Pero, a las órdenes de su capitán, la *Bellone* hizo frente a todo, respondieron los cuatro buques a la vez, pues contaba con brazos, pólvora y balas para todos; vomitando incesantemente fuego, como un volcán en erupción, y durante dos horas, es decir, el tiempo que el *Ceylan* y la *Minerve* tardaron en reparar sus averías. Tras lo cual, como si estuvieran impacientes por su inacción, volvieron a rugir y a morder, obligando al enemigo, que se había desentendido por un momento de ellos para destruir a la *Bellone*, de volver a ellos, y restableciendo la unidad de la lucha en toda la línea.

Entonces, le pareció al capitán Duperré que la *Néréide*, ya dañada por tres andanadas que la división le había soltado al forzar el paso, demoraba su fuego. Al punto se dio la orden de dirigir todas las andanadas contra ella y no darle tregua. Durante una hora la acribillaron con balas y metralla, creyendo que de un momento a otro arriaría el pabellón; pero como no lo arriaba, proseguía la lluvia de bronce, quebrando sus palos, barriendo el puente, perforando su carena, hasta que enmudeció el último cañón, semejante a un último suspiro, y quedó arrasada como un pontón en la inmovilidad y el silencio de la muerte.

En aquel momento, mientras el capitán Duperré daba órdenes a su teniente Roussin, una esquirla de metralla le alcanza en la cabeza y le derriba sobre la batería; comprendiendo que está gravemente herido, quizá de muerte, manda llamar

al capitán Bouvet, le delega el mando de la *Bellone*, le ordena volar los cuatro buques antes que entregarlos, y, hecha esta última recomendación, le da la mano y se desvanece. Nadie se da cuenta de este suceso; Duperré no ha abandonado la *Bellone*, puesto que Bouvet le sustituye.

A las diez, la oscuridad es tan profunda que ya es imposible apuntar y hay que disparar a ciegas. A las once, cesa el fuego, pero como los espectadores comprenden que no es más que una tregua, se quedan en su sitio. En efecto, a la una asoma la luna y, con ella y a su pálida luz, se reanuda el combate.

Durante ese momento de descanso, la *Néréide* ha recibido algunos refuerzos. Cinco o seis de sus piezas han sido reparadas en su función. La fragata que se había creído muerta, estaba solo agónica, recobra el conocimiento y da señales de vida atacándonos de nuevo.

Entonces Bouvet hace pasar al teniente Roussin a bordo del *Victor*, cuyo capitán está herido; Roussin tiene orden de reflotar el barco y hacer pedazos la *Néréide* con toda su artillería; esta vez su fuego no cesará hasta que la fragata esté muerta y bien muerta.

Roussin sigue la orden dada al pie de la letra: el *Victor* despliega su foque y sus grandes gavias, se sacude y va, sin disparar un solo cañonazo, a echar el ancla a veinte pasos de la popa de la *Néréide*; luego abre fuego desde allí, fuego al que la fragata no puede responder más que con sus piezas de proa, traspasándola de un extremo al otro a cada andanada. Al despuntar el día, la fragata enmudece de nuevo. Esta vez está bien muerta, y sin embargo el pabellón inglés sigue flameando en su cangreja. Está muerta, pero no ha arriado.

En aquel momento resuenan los gritos de «¡Viva el emperador!» en la *Néréide*: los diecisiete prisioneros franceses capturados en la isla de la Passe que están encerrados en la bodega rompen la puerta de su prisión y se lanzan arriba por las escotillas con una bandera tricolor en la mano. El estandarte de Gran Bretaña es abatido, la bandera tricolor ondea en su lugar. El teniente Roussin da orden de abordar, pero en el momento en que va a lanzar los rezones, el enemigo abre fuego contra la *Néréide*, que se le escapa. Es una lucha inútil de sostener: la *Néréide* no es más que un pontón que tomarán en cuanto los otros buques sean reducidos; el *Victor* deja flotar la fragata como el cadáver de una ballena muerta; embarca a los diecisiete prisioneros, va a retomar su posición de batalla y, descargando toda su batería, anuncia a los ingleses que ha vuelto a su puesto.

Todos los buques franceses habían recibido orden de dirigir su fuego contra la *Magicienne*, pues el capitán Bouvet quería mandar a pique las fragatas enemigas una tras otra; hacia las tres de la tarde, la *Magicienne* se había convertido, por lo tanto, en el objetivo de todos los disparos; a las cinco respondía a nuestro fuego solo por medio de algunas sacudidas y apenas respiraba como un enemigo herido de muerte; a las seis, se avista desde tierra que su tripulación hace los preparativos para evacuarla: primero gritos y a continuación señales avisan a la división francesa. El fuego se redobla; las otras dos fragatas enemigas le envían sus chalupas, ella misma arría sus botes; los ocupan los hombres incólumes o los heridos leves, pero, en el trayecto hasta alcanzar el *Syrius*, las balas mandan a pique dos chalupas, y el mar se cubre de hombres que alcanzan a nado las dos fragatas próximas.

Un instante después, una leve humareda empieza a salir por las portas de la *Magicienne*; luego se va haciendo poco a poco más densa. Entonces por las escotillas asoman hombres heridos que se arrastran, que levantan sus brazos mutilados, que piden socorro, pues ya las llamas siguen al humo, y por todas las aberturas del barco asoman sus lenguas ardientes; seguidamente se propagan al exterior, reptan a lo largo de la borda, trepan a los palos, envuelven las vergas y, en medio de las llamas, se oyen gritos de rabia y de agonía; luego, de repente, el navío se abre como el cráter de un volcán al desgarrarse. Se oye una detonación espantosa: la *Magicienne* vuela hecha pedazos. Por unos instantes se ven sus restos inflamados, que suben por los aires, caen y se apagan estremeciéndose entre las olas. De esta hermosa fragata que aún el día antes se creía la reina del océano, ya no queda nada, ni restos siquiera, ni tampoco heridos, ni muertos. Solo un gran espacio vacío entre la *Néréide* y la *Iphigénie* indica el lugar en que antes estaba.

A continuación, como cansados por la lucha, como espantados por el espectáculo, ingleses y franceses guardaron silencio, y dedicaron el resto de la noche al descanso.

Pero, al despuntar el día, el combate comienza de nuevo. Esta vez es el *Syrius* el que la división francesa ha escogido como víctima. Es el *Syrius* el que va a destrozar el cuádruple fuego del *Victor*, de la *Minerve*, de la *Bellone* y del *Ceylan*. Sobre él arrecian balas y metralla. Al cabo de dos horas, no le queda ya un solo mástil; su amurada ha sido arrasada; el agua entra en su carena por veinte heridas: de no estar acoderado, se habría hundido. Entonces su tripulación lo abandona a su vez, siendo el capitán el último en dejarlo. Pero, como a bor-

do de la *Magicienne*, el fuego ha permanecido en él, una mecha lo lleva a la santabárbara y, a las once de la mañana, se oye una terrible detonación. ¡El *Syrius* desaparece aniquilado!

Entonces la *Iphigénie*, que ha luchado anclada, comprende que no hay ya batalla posible. Se ha quedado sola contra cuatro buques, pues, tal como hemos dicho, la *Néréide* ya no es más que una masa inanimada. Despliega sus velas y, aprovechando que ha escapado casi sana y salva de toda esa destrucción que se ha detenido antes de alcanzarla, trata de ponerse en movimiento a fin de volver a ponerse bajo la protección del fuerte.

De inmediato el capitán Bouvet ordena a la *Minerve* y a la *Bellone* que reparen sus desperfectos y ponerse a flote. Dupperré, en su lecho ensangrentado donde yace, está al tanto de cuanto ha acontecido: no quiere que una sola fragata escape a la carnicería; no quiere que un solo inglés vaya a anunciar su derrota a Inglaterra. Hemos de vengar Trafalgar y Abukir. ¡A la caza! ¡A la caza de la *Iphigénie*!

Y las dos nobles fragatas maltrechas se alzan, se enderezan, se cubren de velas y se ponen en movimiento, dando la orden al *Victor* de que amarinen la *Néréide*. En cuanto al *Ceylan*, está tan mutilado que no puede abandonar su sitio antes de que el calafate cure sus mil heridas.

Entonces se elevan grandes gritos de triunfo en tierra: toda aquella población que se ha mantenido en silencio recupera ahora la respiración y la voz para amarinar la *Néréide*. En cuanto al *Ceylan*, está tan mutilado, que no puede abandonar su lugar antes de que el calafate haya vendado sus mil heridas.

Entonces se alzan de la tierra grandes gritos de triunfo: toda esta población que ha guardado silencio recobra la res-

piración y la voz para alentar a la *Minerve* y la *Bellone* en su persecución. Pero la *Iphigénie*, menos averiada que sus dos enemigas, las gana a ojos vistas; la *Iphigénie* deja atrás la isla de las Aigrettes; la *Iphigénie* va a alcanzar el fuerte de la Passe; la *Iphigénie* va a llegar a alta mar y estará a salvo. Las balas que le disparan la *Minerve* y la *Bellone* no la alcanzan ya y van a morir en su estela, cuando de pronto asoman tres buques en la entrada de la Passe, con el pabellón tricolor en su canchalejo; es el capitán Hamelin, que ha zarpado de Port-Louis con el *Entreprenant*, la *Manche* y la *Astrée*. La *Iphigénie* y el fuerte de la Passe quedan atrapados entre dos fuegos. Se rendirán a discreción, ni un solo inglés escapará.

Entretanto, el *Victor*, por segunda vez, se ha acercado a la *Néréide* y, temiéndose alguna sorpresa, la aborda no sin precaución. Pero el silencio que esta guarda no es otro que el de la muerte. Su cubierta está cubierta de cadáveres; el teniente, el primero en pisarla, se mancha de sangre hasta el tobillo.

Un herido se incorpora y cuenta que seis veces recibieron la orden de arriar el pabellón, pero que seis veces las descargas francesas se llevaron a los hombres encargados de cumplir la orden. Entonces el capitán se retiró a su camarote y no lo volvieron a ver.

El teniente Roussin se dirige al camarote y encuentra al capitán Villouby sentado a una mesa, mesa en la que todavía hay una jarra de grog y tres vasos. Le faltan un brazo y una pierna. Delante de él, su primer teniente Thomson, muerto de un disparo de fusil que le ha atravesado el pecho; y, a sus pies, tendido, su sobrino Williams Murrey, herido en un costado por una esquirla de metralla.

Entonces, el capitán Villouby, con la mano que le queda, hace un movimiento para entregar su espada; pero el teniente Roussin alarga a su vez un brazo y, saludando al inglés moribundo, dice:

—¡Capitán, cuando alguien se sirve de su espada como lo hacéis vos, solo la rinde a Dios!

Y ordena al punto que se prodigue al capitán Villouby toda la ayuda médica necesaria. Pero todos los socorros fueron inútiles: el noble defensor de la *Néréide* murió al día siguiente.

El teniente Roussin tuvo más suerte con el sobrino de la que había tenido con el tío. Sir Williams Murrey, aunque alcanzado de mucha gravedad, no había sido herido de muerte. Por lo que le veremos reaparecer en el transcurso de esta historia.